



«El maestro
Francisco,
conquistador
de almas»

... Y fué el mejor hijo de Navarra

POR JOSE MARIA SANZ BRIONES



MAGDALENA de Jaso y Javier, abadesa clarisa de la austera observancia de Gandía, allá por el año 1527, venerada más tarde como santa, escribía un día a su hermano mayor don Miguel, bizarro militar, súbdito fiel del rey de Navarra Juan de Albret: «No des-cuidéis —por Francisco— el ayudarle en sus estudios, porque yo espero que há de ser algún día columna de la Iglesia».

Francisco de Jaso y Javier, por su madre doña María de Azpilcueta, descendiente de

una de las familias más antiguas y nobles del reino de Navarra, heredera de los castillos de Azpilcueta y Javier, y entroncada por su árbol genealógico hasta Carlomagno; por su padre, el Dr. Juan, fiel como nadie al partido real, administrador de Finanzas, alcalde de Corte y presidente del Real Consejo, es heredero de inmensa fortuna, estudia en aquella fecha en el colegio de Santa Bárbara de París, asilo principal de estudiantes portugueses y españoles y protegido del rey de Portugal.

La adversidad, que se cebó de forma trágica en el castillo de Javier y precisamente por la fidelidad a un rey y a una bandera, fué la causante de aquella profética carta, que tuvo la virtud de no interrumpir una carrera, que había de llevar, paso a paso, a Javier a la santidad, por el espinoso camino peregrino y misionero.

Son aquellos momentos trascendentales para la Patria. El espíritu ecuménico, la fe de Cristo y el ansia de expansión alumbran nuevos descubrimientos. Las naves ibéricas surcan todos los mares, y las armas españolas escriben capítulos inacabables de singular heroísmo. La Cruz es compañera inseparable de la espada, y las conquistas materiales se han de perpetuar por el impulso esplendoroso y tonificante del Evangelio.

Aquella primera mitad del siglo XVI nos había de dar, exactamente el 7 de abril de 1506, allá donde el río Aragón, descendiendo de los montes evocadores y castos, recorre amablemente las ubérrimas campiñas de la Navarra inmortal, sobre la escarpada falda de un monte, y, en un castillo grisáceo, con sus torres, pasadizos y almenas, vigilantes hacia el Este para impedir la irrupción de la barbarie y del error, la gracia del apóstol misionero de la India y el Japón, el peregrino incansable de Tuticorín, Ceilán, Malaca, Amboi-